

tamente desnuda y luego como gran reina presidiendo las festividades, luciendo sus docenas de vestidos sin estrenar, ideando mil combinaciones con sus zapatos, blusas, sombreros, turbantes, cintos, plumas, broches y desde luego su colección de joyas. Así que para tal vestido, tal peinado, aquella combinación, estos zapatos, aquel turbante, esa, diadema, o mejor no, ese sombrero y para rematar su famoso collar de perlas con el prendedor de esmeraldas que era su favorito y el de su buena suerte.

¿Qué, a estas mujeres modernas, liberadas, inteligentes, intrigantes, hermosas, se refería en su famosa alusión, el mentecato de Schopenhauer? . . .

*“Muchos hay que dan lo suyo
por cálculo o vanidad,
pero hijo, esa caridad,
es la virtud del orgullo”.*

*“Nunca des con mira doble
porque el hombre desgraciado,
es un objeto sagrado
para quien tiene alma noble”.*

ANTONIO PLAZA

— VI —

*“La vida es una tómbola”
canción popular.*

Ricardo salió apresuradamente del amplio despacho que ocupaba en importante industria como gerente divisional, para encaminarse al elevador que lo conduciría al sótano, subirse en su automóvil y dirigirse al salón de directivos del club, pues había junta extraordinaria de consultores.

Después de dar lectura al acta anterior, el secretario Jorge, se procedió a cubrir el orden del día, dándole preferencia al asunto de mayor interés.

Ricardo tomó la palabra y dijo a los consultores —amigos—, ustedes saben bien que al tratar de comenzar nuestra obra, o sea el centro escolar anexo a “El Caminante”, surgió una gran dificultad porque el terreno que creíamos era de la parroquia resultó ser municipal y aunque ambos (el de la Iglesia y el otro) finalmente pertenecen por su destino a la nación, es necesario hacer todos los trámites administrativos para poder edificar en este terreno. A tal fin, el día de ayer, acompañado de nuestro secretario Jorge y de nuestros consultores don Ruperto Quintanar y el arquitecto Argüelles, nos

entrevistamos con el señor alcalde a quien le expusimos con toda claridad que deseábamos legar a ese barrio humilde una obra que rebasará el medio millón de pesos; al efecto, el arquitecto Argüelles le mostró los planos y proyectos correspondientes y don Ruperto fue muy explícito al indicarle los grandes beneficios que traerá para la comunidad, en esa área, la realización de nuestro proyecto, el cual, se le reiteró, será totalmente pagado por nuestra membresía.

—El señor alcalde nos explicó que agradecía mucho la preocupación de nuestro club de donar ese edificio a un populoso barrio de la ciudad, y que lamentaba mucho que las obras fueran suspendidas por los inspectores del municipio, pero que el uso y destino de dicha área, tendría que pasar por el tamiz del ayuntamiento, quien en todo caso —apuntó el alcalde— tendría la facultad de decidir si procedía o no la obra, o bien se destinase a otro objetivo —una escuela, un parque público, o una guardería, por ejemplo—, pero como quiera, yo haré saber al ayuntamiento lo noble de la obra que ustedes pretenden iniciar y a lo mejor la aprueban y aquí no ha pasado nada—.

Don Ruperto respondió al alcalde diciéndole que:— cualquier obra que emprenda el municipio le costará dinero y aquí el municipio no aportará ni un centavo, sólo el terreno, concluyó—.

El señor alcalde de inmediato le dijo: que bueno que usted me recordó algo al mencionar el terreno, pues como ustedes saben, en todo caso, si el ayuntamiento llegare a aprobar la solicitud que ustedes me harán por escrito, yo tendría necesariamente y por Ley, que pasar para su aprobación definitiva este asunto al honorable Congreso del Estado, para que los señores diputados, en su período de sesiones, aprueben, nieguen o modifiquen esta solicitud, ya que como también deben ustedes de saberlo, toda edificación o construcción, o mejora que se haga en un terreno municipal, pasará por este solo hecho a pertenecer a la nación y formará parte del inventario que lleva el ministerio de inmuebles nacionales, para lo cual, finalmente tendría que hacerse una soli-

cidad de escrituración y de aprobarse ésta, desde luego, por cuenta de ustedes, se haría una escritura pública a favor de la nación; todo esto estimados señores se llevará tiempo, algo de papeleo, trámites, etc., por lo tanto, —dijo viendo la cara de desconsuelo de nosotros— yo estoy en la mejor disposición de ayudarlos y acelerar todo lo que sea posible.

—Eso señores— concluyó Ricardo —fue lo que nos pasó y sucedió en la oficina del señor alcalde, ustedes están informados y tienen la palabra—.

El licenciado Montellano pidió el uso de la palabra, notándosele una ronquera inusual —señores, es una verdadera lástima lo que está sucediendo, yo conozco al alcalde y sé que tiene razón en cuanto a sus argumentos, aunque también me consta que no es y no debo levantar falsos a nadie— una persona, que digamos, muy pura. Para que lo mencionado no quede en tinieblas, solamente y de paso me referiré a los terrenos de los tiraderos municipales, que pasaron rápidamente a manos de parientes suyos, al saber que en ese sitio se construiría la planta que beneficiaría la basura, toda una industria con sus oficinas anexas y carreteras y calles de acceso y desfogue. Ya la prensa se ocupó ampliamente del asunto y como siempre ha sucedido y sucederá, las cosas se disimularon y nadie hizo nada por aclarar cuentas o pedir responsabilidades, así que en nuestro caso, si no acudimos más arriba y no me refiero al gobernador, sino al propio presidente, vale más que nos olvidemos de nuestra obra. A todos nos consta los sacrificios y molestias que damos a nuestros amigos, conocidos y clientes pidiéndoles que cooperen comprándonos boletos para la rifa de la casa y ahora que ya podemos disponer de fondos, nos sale este obstáculo que considero infranqueable, a no ser que acudamos al propio presidente. ¡Cosa curiosa la nuestra! pedir ayuda para beneficiar a los humildes y tener que acudir, rogar, implorar a quienes en última instancia, como autoridades tienen la obligación, de otorgar ese beneficio.

Alzó su flaco brazo don Torticio del Olivar —aún resentido por lo sucedido en la junta del certamen poético—.

Caballeros, yo considero que el señor alcalde está en su pleno derecho de oponerse a una obra que a tontas y a locas y sin pedir permiso a nadie, pretendíamos realizar. No porque el objetivo de nuestros fines sea noble y desinteresado, vamos a atropellar los lineamientos de los procedimientos señalados que las leyes y reglamentos nos indican; cumplamos con los requisitos y confiemos en el alcalde para que pronto nos autoricen la obra—, terminó diciendo muy serio y muy tranquilo don Torticio, pensando por allá muy adentro que con sus palabras mataba dos pájaros de un tiro: contestaba elegantemente, sin resabios al licenciado Montellano, cuidando de no hacer alusión ofensiva para el alcalde —un pillo reconocido— y en segundo lugar, entorpecer la obra, con el deliberado y perverso propósito de que al no efectuarse, aniquilaría a Ricardo como buen y brillante presidente—. ¡Eso era, sin duda, matar dos pájaros de un tiro!

De inmediato el arquitecto Argüelles pidió la palabra y en su tono mesurado y tranquilo expuso que él no hacía las cosas atropelladamente, que el permiso o autorización sí fue recavado en la oficina correspondiente de planificación y obras particulares, siendo automático siempre el permiso que otorga el municipio al concederse el primero, pero que él reconocía su error, ya que el trámite normal no era el mismo que el empleado con terrenos que no pertenecieran a particulares y en el caso del anexo al templo de "El Caminante" eso precisamente había sucedido, aun cuando él tenía pleno conocimiento: de que la construcción en un terreno nacional, autorizado o no, edificado de hecho, pasaba a ser propiedad nacional, como era el caso de muchos edificios religiosos y algunos centros de cultura.

También expuso que los planes por él realizados estaban acordes con los requisitos y deseos del directorio y que habían sido aprobados en sus cantidades, medidas y especificaciones exigidos por la oficina de Planificación y Obras Públicas.

Al estar hablando, aún sin pronunciar su nombre, miraba inquisitivamente a don Torticio, por su modo deslengua-

do y ofensivo de proceder.

Aurelio R. Calvo intervino diciendo: —yo creo que yo podría ayudar porque el secretario del alcalde es amigo mío y dándole un buen regalito podríamos arreglar este asunto, pues yo se que así se hacen las cosas, total nos dan el permiso de construcción, se hace la obra y allí queda, pues ni que no la fuéramos a llevar, al cabo "palo dado ni Dios lo quita", si ustedes quieren yo puedo intervenir— acabó diciendo de buena fe el rudo y tosco industrial, a quien, ahora, no le faltaba razón en su lógica práctica.

Por instrucciones de Ricardo se puso el asunto a votación y por mayoría se aprobó que el trámite para obtener el permiso de construcción, cursara su ciclo legal, agotándose antes —por sugerencias de don Ruperto— que todo el directorio se constituyera, previa cita, en el despacho del señor gobernador para exponerle el caso.

El lunes siguiente por la mañana, precisamente una hora antes de la cita que les asignara el gobernador, Ricardo terminaba de firmar unos papeles, cuando su secretario le anunció que deseaba verlo y lo esperaba en la antesala la señora Clara Solís de Argüelles.

—Posiblemente Marcelo venga con su esposa, o piense dejarla en el centro para irse conmigo a la cita con el gobernador— pensó Ricardo, pidiéndole a su secretaria que por favor dejara pasar a su despacho a la señora Argüelles.

Clarita hizo su aparición en el umbral y Ricardo quedó boquiabierto, pues aquella mujer no era la misma que de vez en cuando viera en diferentes ocasiones, a pesar de estar siempre elegante. La Clarita que lo visitaba era o parecía ser otra mujer, más rejuvenecida, a pesar de ser joven, o algo, algo era distinto, su peinado, de modo diferente al acostumbrado, la pintura de sus ojos, el maquillaje o quizá el vestido atrevidamente corto.

Ricardo se apresuró a recibirla poniéndose de pie y encaminándose hacia el centro de su elegante oficina.

—¿Qué tal Clarita, no vino Marcelo?— fue lo único que se le ocurrió preguntar.

—No Ricardo, vine sola para hablar unos minutos contigo de un secretito— terminó contrayendo sus ojos con gracia y coquetería.

Ricardo, estupefacto, la invitó a sentarse en uno de los cómodos sillones ocupando el de enfrente y ofreciéndole de inmediato un cigarrillo que ésta aceptó con agrado.

Al terminar de encenderlo, casi sin querer, bajó su vista y contempló que Clarita distraídamente —o intencionalmente— se había subido la falda un poco más de lo prudentemente permitido, dejando al descubierto sus bien torneadas piernas envueltas en finas medias de seda.

—Ricardo, le dijo en tono confidencial—, voy a ir directamente al grano, pues se muy bien, ya que me dijo mi marido, que dentro de una hora irán a visitar al gobernador para el asunto del centro social; lo que yo quisiera pedirte es muy sencillo, no se si estoy en lo cierto, pero intuyo que el nombramiento de presidente del club depende de la recomendación del presidente saliente o cuando menos influye mucho para la elección. Mi atrevimiento para venir aquí contigo y conste, ¡ni soñarlo que lo sabe Marcelo! es que desearía que él fuese el siguiente presidente del club. Si vieras qué efecto tuvieron las fotografías que aparecieron en los periódicos el día que sesionó la directiva en mi casa. Todo mundo me habló por teléfono para felicitarme por el éxito que tuve en la fiesta. Los cronistas de sociales, podrás creérmelo, si es que leíste la prensa, se desbordaron en elogios por las atenciones, el servicio, los adornos y las sorpresas que preparamos para que esta primera reunión presidida por Laura, fuera de las inolvidables. Para qué mencionar el gusto que le dio a Marcelo que Raúl Espronceda describiera con lujo de detalles su muy querido y por él mismo creado, jardín japonés que tu ya has visto en la casa. Por todo eso y porque lo deseo fervientemente te pido tu gran ayuda. Esto dijo y calló para esperar una respuesta que lógicamente, por la sorpresa, tardó mucho en emitir Ricardo.

—Mira Clarita, yo no me explico porque deseas para tu marido un puesto engorroso que no deja más que críticas e

ingraticudes; además es un poco complicado el procedimiento para ser elegido, pues no solamente vale la opinión del directorio, ya que mucho también depende de la simpatía o aprobación de los señores ex-presidentes; pasado todo esto, si no hay oposición de otro socio fuerte que surja para prospecto, entonces, como ha sucedido con frecuencia, el candidato único es indudablemente el futuro presidente. Yo, en lo personal, simpatizo con tu marido y te prometo que haré todo lo que esté de mi parte, para, en el momento oportuno, proponerlo.

Clarita se levantó jubilosamente y abrazando apretadamente a Ricardo, le propinó un cálido beso muy cerca de la boca y no en la mejilla como era lo estilado.

—Ricardo, Ricardo, estoy tan contenta y feliz con tus palabras, júralo que estaba confiadísima en que no me defraudarías—, le decía casi confidencialmente cerca del oído, apretando más su cuerpo contra el del sorprendido presidente —Sé muy bien que recomendarás a Marcelo y estoy segura que este será nuestro secreto—, le decía mientras dejaba de abrazarlo y susurrándole —chao, chao—, le estiró la oreja con delicadeza y salió con pasitos apretados y cadenciosos hacia el recibidor.

—Yo te hablo después para ver como siguen las cosas, chao, chao— fue lo último que escuchó al cerrarse la puerta de su privado y desaparecer aquella hermosa mujer.

Ricardo se quedó entre inquieto, pasmado y sorprendido y sacudiendo, aún incrédulo, su cabeza, se metió al baño para asearse y estar listo para la entrevista que en breve tendría nada menos que con el señor gobernador. . .